

PRETEXTOS

Por Andrés HENESTROSA

cia. (Se le juzgó y condenó, en ausencia, a muerte y a la pérdida de sus propiedades). Pasó a Bruselas, en donde conoció a de Gorostriza, entonces Encargado de los negocios de México en Bélgica.

Las circunstancias del viaje de Linati a México, gracias a los documentos compilados por O'Gorman, hoy nos son conocidas, así como otros muchos detalles de su empresa, que son una fuente segura para nuestra historia de la litografía.

En 1825, él y su socio y compatriota Franchini, enviaron una solicitud al gobierno mexicano, para establecer una litografía en México, a condición de que se les prestara ayuda económica, y otras facilidades para proteger aquella industria que no se conocía en la nueva república, en cambio de aquel favor prometían enseñar gratuitamente su arte a los jóvenes que así lo desearan, y ofrecían el mismo taller en garantía del dinero que les prestara el gobierno.

La República aceptó la solicitud de Linati y Franchini, les envió el dinero, y puso a su disposición un buque de guerra para el transporte del personal y las máquinas. Los impresores pronto llegaron a la Capital, pero encontraron dificultades para comenzar a trabajar, el gobierno, con una conducta poco congruente, no cumplió sus promesas, y el papeleo burocrático dilató la inauguración de la empresa. Linati carecía de útiles y de dinero, la Aduana retenía la imprenta por falta de pago de derechos, luego Franchini enfermó.

Al fin, después de cuatro meses de inactividad, Linati instaló solo el taller litográfico, su compañero había muerto. En los tres meses siguientes de su permanencia en México, logró enseñar a varios jóvenes el arte litográfico; publicó y escribió para *El Iris*, primera publicación mexicana en la que aparecen litografías, este semanario ilustrado le creó dificultades de orden político; y también, Linati reunió una colección de dibujos sobre trajes y costumbres mexicanas, material de un libro que después editó.

Por enfermedad liquidó su negocio. Dejó la litografía al gobierno en pago de los adelantos que le fueron hechos, y que no pudo reintegrar, luego se embarcó para Europa, donde trabajó como escritor y litógrafo, dando a conocer sus experiencias de México, y al regresar a este país murió a los pocos días de haber desembarcado.

La litografía que fué de Linati, estuvo en el local que ocupaba la Secretaría de Relaciones, luego pasó a San Carlos.

C. V.

ESTORBOS DE CARBALLO

Somos ya conscientes de ser el producto de infinitas deformaciones, anhelos y transformaciones.

Tanto el romanticismo como el idealismo hicieron una larga profesión de fe. Hegel llegó hasta sentirse Dios. Nuestro tiempo tien-

Pasó por la lumbre de la Inquisición, siendo el mismo una llama, uno de los más ardientes y apasionados espíritus de cuantos herejes vivieron en la Nueva España durante el siglo XVI: Luis de Carvajal, apodado el Mozo. Carvajal había estudiado tres años de latín y retórica en España. Muy poco tiempo en verdad para cualquiera otro, pero no para él, tan inteligente, tan invadido de fervor religioso, y tan fanático. Aquellas pocas lecciones, poderosamente avivadas por una fe inquebrantable, le bastaron para penetrar los misterios de su religión. así como para emprender traducciones, no despreciables, al decir de Alfonso Toro, de varios trozos del Antiguo Testamento, como los Salmos de David, y para componer oraciones y versos místicos que solían cantar en las tertulias que se celebraban en su casa con la asistencia de parientes y amigos, entre quienes destacaban Manuel Gil de la Guardia, Antonio Machado y Antonio de Morales como él, versificadores.

Cuando fué sujeto a proceso por judaizante confesó ser autor, quizá por vanagloria, de algunas composiciones poéticas en honor de Jehová. Los inquisidores le dieron papel, pluma y tinta para que redactara de su puño y letra las octavas que cantaba en unión de sus hermanos y amigos los días de ayuno. Esas coplas fueron agregadas al proceso y permanecieron desconocidas hasta que en 1935 fueron localizadas por don Alfonso Toro que en aquellos días inició la redacción de su libro La Familia Carvajal. Los versos, muy incorrectos, denuncian sin embargo un auténtico fervor religioso, pues es evidente que la vida entera de Luis de Carvajal giraba en torno a un ideal.

La larga tirada de versos concluye con un soneto que guarda un estrecho parentesco con el famoso "Cristo Crucificado" atribuido a fray Miguel de Guevara, al parecer con fundamento sólido; y con el fray Félix Antonio Huerta, contenido en la Biblioteca Hispano Americana Setentrional de Beristáin y Souza.

El soneto que en seguida se transcribe, a título de curiosidad como lo hiciera en su libro, no carece al igual que el de Huerta, de méritos, por lo menos para determinar la boga que ese género de poesías tuvo en México y las diversas influencia que nutrieron esa boga.

*Pequé, Señor, más no porque he pecado
de tu amor y clemencia me despidió,
temo según mi culpa ser punido,
y espero en tu bondad, ser perdonado.*

*Recécheme según me has aguardado
ser por mi ingratitud aborrecido
y hace mi pecado más crecido,
el ser tan digno tú de ser amado.*

*Si no fuera por tí, de mí qué fuera,
y a mí de mí sin tí, quién me librara
si tu mano la gracia no me diera,*

*y a no ser yo mi Dios, quien no te amara,
y a no ser tú Señor, quién me sufriera,
y a tí sin tí mi Dios, quién me llevara.*

de a rechazar la noción de lo absoluto, como de algo de lo que hay que desconfiar. Se diría que el escepticismo impide contradictoriamente al hombre moderno —ya que exige la especialización— aceptar las manifestaciones unilaterales del espíritu, cuando se trata de expresar móviles humanos.

Carballo en sus narraciones, entre cuentos y monólogos, se revela como un escritor idealista.

Gran estorbo la esperanza tiene una característica sobresaliente: el estorbo. Carballo se proyecta estrictamente con un sentimiento suyo. Pudiera decirse que para él no existe el amor, sino su amor, lo único que salva y lo único que no le estorba. Nos da la sensación de que vive este mundo a pesar suyo. Es vital y sin embargo su actitud íntima nos deja un sabor añejo, por lo idealista y romántica. Afio-

ra la evasión. Quiere estar en la lucha y quiere retraerse. Se ha formado en la provincia. La quiere y la rechaza. No es casual que se exprese en términos lapidarios y conceptuales. Al hacerlo, siente afirmarse en su idealismo.

Por más que el hombre quiera escapar, está localizado en el tiempo, manejando los valores de siempre como variaciones sobre los mismos temas. Lo que no está dentro de las variantes del tiempo en que se vive, resulta anacrónico. Ahondar en el cambio es lo que impide fosilizarse.

Son diez estos cuentos-monólogos de Carballo. Observaciones íntimas del diario acontecer en los corazones de la gente sencilla, teñidos de su experiencia personal.

Para Carballo "la infancia es un sueño". "El hombre es un desplazamiento". A Fulanita, le parece

que "los hombres son como las mentiras, llegan muy fácil, pero después se pudren, corrompen la carne"; cuando se van toman cuidadosamente sus palabras, las colocan "en su pañuelo, y las vuelven a poner con todo comedimiento, cerca, muy cerca de su corazón duro y caliente".

"Y la muerte llega sin avisar cuando estamos atareados buscando la última pieza. Pero esta pieza no existe, nadie la conoce, es la esperanza." Más adelante dice: "Tal vez uno no muera, sólo alimiente la vida, la tierra. Tal vez uno nació como los murciélagos, para alimentar primero con su excremento y, por fin, con su propia carne a la tierra."

Abundan la reflexión y el desengaño en este dudador de dudas que es Carballo, pero también hay afirmación, mucha rabia y descontento, porque para él priva el engaño.

Languidece por sus páginas un perfume velardiano. Se anima cuando a diario ve acercarse a la novia, que se anuncia "como se anuncian los remolinos": "se va acercando, se va haciendo más grande, más mía". De pronto se torna realista algo sentencioso: "Uno va viendo, conociendo gentes. Lo van viendo a uno, le echan el ojo, lo ensillan como a los caballos, le aprietan el cincho, lo aguijonean con caras de hambre. Las palabras de las gentes son como las espuelas, son peores que las malas razones; se dicen para hacer daño..." Su lenguaje sencillo va adquiriendo hondura a medida que va avanzando implacable, amargo.

Son dolorosos estos monólogos, honrados como el pan, preñados de vigorosa mexicanidad provinciana. Vistos a la ligera, pudieran parecer bordados de estambre sobre una manta áspera; pero van lejos, como toda experiencia padecida.

Carballo está lleno de malos recuerdos, de una infancia en muchos aspectos mal llevada, en la que siente haberse enajenado girando en derredor de un anillo de Arzobispo y de enseñanzas inútiles y equivocadas.

Objetaremos únicamente su esteticismo cuando dice: "¡Qué espectáculo tan grotesco su lengua!" al sacarla el niño para recibir su Primera Comunión. Y nos parece obvia la crítica que hace del pastoral, llena de asepsia positivista: "una piedra fría, con la cara indecifrable de un astro, sucia, con insoportable olor de saliva". Todo esto para construir un párrafo final de preciosismo patético: Al día siguiente lo encontraron rígido, con la parálisis juguetona de su caballo de madera. La cara era la de siempre; en la boca la espuma, como flor de silencio, le ocultaba los labios. Era un niño sin boca, mudo para siempre en el estruendo constante del mundo".

El símbolo religioso es, en este caso, fuente de infección.

¿Habría que substituirlo por alguna receta laica?

Las cosas fluyen de su pluma como de una herida todavía abierta. Su prosa es a veces monótona, parece acentuar el ritmo, el en-